

LOS ARQUEÓLOGOS DE TENOCHTITLAN

IGNACIO BERNAL

CONCEPTOS PRELIMINARES

El título de esta conferencia es "Tenochtitlan y sus arqueólogos". Es decir voy a ocuparme de Tenochtitlan, no de la ciudad de México tal como es hoy, porque la diferencia en tamaño, y por lo tanto en el territorio cubierto, sería gigantesca. Además, si me ocupara de todos los arqueólogos y de todas las exploraciones que se han realizado en la ciudad, esta exposición se convertiría en un catálogo muy aburrido de nombres y de publicaciones, que no tendría sentido. En consecuencia voy a hablar solamente de lo acontecido en la antigua Tenochtitlan, incluyendo por supuesto a Tlaltelolco, es decir las dos islas famosas reunidas después, sin referirme a las orillas del lago ni a los otros sitios de la cuenca del Valle de México.

Por otro lado, tomo la palabra "arqueología" en un sentido muy lato que estrictamente no sería válido. No voy a concretarme exclusivamente a lo que hoy llamamos arqueología, es decir a exploraciones científicamente dirigidas, o cuando menos creemos que así lo son y que se han llevado a cabo con un determinado método; sino más bien voy a tratar de aquellos hechos o escritos conservados a través del tiempo que en la mayoría de los casos, sobre todo en siglos anteriores, no provienen de arqueólogos profesionales sino de gente que se interesó en monumentos u objetos del pasado, materia propia de la arqueología. Y aunque ninguno de ellos nunca hizo una excavación, sin embargo sí se interesaron en dejar descripciones, a veces espléndidas, de lo que estaban viendo en la ciudad. Bajo este punto de vista empezaremos desde el siglo XVI.

TESTIMONIOS TEMPRANOS

Existe una infinidad de datos muy valiosos, publicados en gran parte, que provienen de diferentes personas. Por un lado están los *conquistadores*, como Cortés o Bernal Díaz, que se quedan maravillados y describen la ciudad que estaban viendo. No se trataba entonces de una arqueología, de rescatar ruínas, sino de describir una ciudad todavía completa.

Vienen luego, a lo largo del siglo XVI, innumerables documentos que proceden de *religiosos*. Ellos, en su mayor parte, ya no vieron la ciudad viva sino en ruinas, pero se informaron con gentes que aún vivían y que sí la habían visto, o cuando menos podían hacerse una idea más clara de cómo había sido. Hay también datos que podemos llamar simplemente *oficiales*, como actas de cabildo, títulos de propiedad, etcétera, en los que se menciona una serie de datos importantes que han permitido colocar en su sitio preciso a varios de los edificios más conocidos.

Curiosamente en esta lista de autores, todos ellos sin ninguna idea de hacer historia, no encontramos prácticamente a ningún escritor *indígena*. Como ustedes saben varios de ellos, como Ixtlilxochitl, Tezozómoc, Chimalpain y otros, dejaron crónicas espléndidas; sin embargo, en ninguno de ellos encontramos una descripción de la ciudad. Claro que ellos no la vieron, ya la ciudad estaba destruida cuando ellos vivieron; pero, con todo, mientras que escribieron importantes capítulos sobre historia, etnografía y otros temas, no nos dejaron ninguna descripción de objetos ni de ruinas.

Bernal Díaz del Castillo. Los primeros en tiempo fueron evidentemente los conquistadores inmediatos, los que estuvieron presentes durante el sitio de Tenochtitlan, su toma y el principio de su destrucción. Veamos muy brevemente lo que describe Bernal Díaz del Castillo, el famoso cronista. Está hablando de cuando, todavía de lejos, ve la ciudad por vez primera, cuando Cortés y sus soldados atraviesan las montañas y llegan a poder contemplar el conjunto de edificios y los lagos y todo lo demás:

“Desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados. Decíamos que parecía a

las cosas de encantamiento que cuentan en el Libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello, que no sé como lo cuente ver cosas nunca oídas ni aún soñadas como veíamos." (*Díaz del Castillo*, 1970, cap. 87: 159).

Luego dice:

"Otro día de mañana... íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos y va tan derecha a la ciudad de México que me parece que no se torcía poco ni mucho. Y puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían, unos que entraban en México y otros que salían y los indios que nos venían a ver que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres y cúes y en las canoas y de todas partes de la laguna y no era cosa de maravillar porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué decir o si era verdad lo que por delante parecía, que por otra parte en tierra había grandes ciudades y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran Ciudad de México."

Pocos días después de la entrada de Cortés a la Ciudad, y su recibimiento por Moctezuma en ceremonia famosa, Cortés decide subir al Templo Mayor. Allí entraban una serie de problemas por supuesto religiosos y filosóficos, que Cortés tal vez no entendió en ese momento; pero Moctezuma se preocupa, y le dice:

"Te voy a acompañar en esa expedición, no puedes ir solo". Entonces cuentan cómo Moctezuma le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran Ciudad y todas las demás ciudades que había dentro en el agua y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra; y que si no había visto muy bien su gran plaza, que

desde allí la podría ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y desde allí vimos las tres calzadas que entran a México.

“Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenía hechas de trecho en trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra. Y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercadería; y veíamos que cada casa de aquella gran Ciudad y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración; y las casas de azoteas y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas.”

“Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la Gran Plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua; y entre nosotros, hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.” (*op. cit.* cap. 92: 173).

Todos los que siguen, salvo algunos conquistadores que mencionan la cosa un poco de paso, como Francisco de Aguilar, el conquistador anónimo, Andrés de Tapia, por ejemplo, ya no vieron la ciudad en pie. Es decir todo el esplendor había desaparecido; ya no eran sino ruinas cubiertas por el propio cascajo de los edificios, sobre algunas de ellas se habían construido ya las casas de los primeros decenios del siglo XVI. Por lo tanto no es posible que haya descripciones directas; sólo queda interés por estudiar, tratar de reconstruir sobre todo cómo había sido el Gran Templo, cuántos

escalones tenía para llegar a la plataforma superior, qué altura total tenía el edificio y otros qué distribución tenían, cómo era el famoso muro de las serpientes que tanto impresionó, etcétera.

No por eso debemos despreciar sus descripciones, pues contienen una serie de datos importantes. Algunos hoy nos parecen muy curiosos por otros motivos. Por ejemplo, recuerdo cuando Durán dice que debe de tirarse inmediatamente la vieja Catedral, la primera que se había construido, que no es la que conocemos ahora, sino la anterior un poco más pequeña, porque no es posible que la Catedral de Dios, esté basada sobre las columnas de serpientes del Templo del demonio. Efectivamente habían utilizado las piedras antiguas para construir, por lo menos en parte, las columnas de la Catedral nueva. Esto le parecía a Durán un desacato espantoso. En el Museo existen algunas de estas piedras; entrevemos claramente, abajo donde no hubo necesidad de retallarlas, el motivo indígena que quedó contra el suelo y por lo tanto no valía la pena borrarlo, puesto que no se iba a ver y encima la piedra repullada en forma de una columna europea. Así es que combinan admirablemente los dos elementos y nos indican la veracidad de cómo se usaron estas piedras para construir la Catedral.

Por otro lado sabemos que también muchas de las piedras y muchos de los elementos mismos de construcción fueron usados para edificar las principales casas del Virreinato, prácticamente casi todas, durante el siglo XVI. Esta es una de las causas principales de la destrucción, prácticamente total de los edificios. No es solamente, como se ha dicho muchas veces, por motivos religiosos. Es claro que el templo se destruyó de propósito e inmediatamente en la parte superior; pero la masa gigantesca de las pirámides no era fácil destruirla. Con todo, casi se nivela como vemos hoy, para utilizar los materiales en las nuevas construcciones. De aquí que todavía, en algunos lugares, como en el Museo de la Ciudad de México, haya empotrados en el muro colonial algunas piedras evidentemente sacadas de los templos indígenas. Esto por otro lado ha causado serios problemas, porque al ser trasladadas esas piedras de su lugar original para construir otro edificio que a su vez, a veces quedó destruido, se pierde su lugar original, ya no se sabe,

realmente, de dónde vino ese monolito y por lo tanto, cuál fue su función precisa.

Pero ese es el curso de la historia que forzosamente va cambiando las cosas; los constructores de los palacios de la Colonia y de las Iglesias, no se interesaban mayormente por lo que iban a pensar los arqueólogos del siglo XX.

Por otro lado, el subsuelo de la ciudad, el pésimo subsuelo, explica también en parte la destrucción. Ya los indígenas habían tenido grandes problemas por esto. Ante la pesantez de sus edificios se les sumían y se les resquebrajaban continuamente; por eso vemos que los tenían que estar rearmando, a veces rehaciendo por cada número bastante pequeño de años. Este fenómeno y esta situación continúa igual después. Así los edificios de la Colonia construidos sobre los templos y los palacios indígenas, también se sumen y, al sumirse y agregar más peso, hacen que baje todavía más el nivel en el que se encuentran hoy los cimientos o los restos de los templos. Por eso nos encontramos a veces a profundidades bastante grandes de nueve o diez metros que evidentemente no eran así, sino que estaban mucho más altos. Esa es otra de las causas evidentes de la desaparición de muchos de estos restos. Otras serían el tiempo, la normal disgregación de piedras y de muros, etcétera. Vemos todavía esta subida de lo que se llamaba la calle de las Escalerillas, que hoy es la continuación de Guatemala; esta especie de lomo evidentemente no era original de la isla, sino es la masa de los derrumbes de los edificios la que causó esa elevación e hizo este pequeño pedazo de la ciudad más alto que todos los demás. Por eso, en la Colonia y todavía en el siglo XIX, se llamaba la Isla de los Perros porque se suponía que cuando llovía y se inundaba la ciudad, lo que pasaba todo el tiempo, los perros para no ahogarse, se refugiaban en esa pequeña altura.

Pasado el siglo XVI, a partir de mil seiscientos diez o mil seiscientos quince, se nota un desinterés hacia las antiguas ruinas indígenas de hecho, hacia los antiguos pueblos. La Colonia parece como que se encierra en sí misma, ya no está interesada en aquellos pueblos que estuvieron antes allí; desaparecen casi todas las grandes crónicas, ya no se escribe mayor cosa sobre este tema. Esto por supuesto, está combinado con muchos otros elementos como la prohibición

de Felipe II de que se enseñen las lenguas indígenas, porque pueden causar revoluciones y trastornos, etcétera, etcétera.

Sea como sea, hasta la segunda mitad del siglo XVII hay un pequeño resurgimiento que casi no nos afecta aquí. Es como un primer intento de mexicanismo que lo primero que hace es decir: estamos interesados en aquel pasado mexicano, aunque también lo estamos en el español; naturalmente queremos saber de los dos, ya que después de todo somos las dos cosas. Esto lo representan más que nada (no en un plan arqueológico, aunque según parece ser se interesó, pero desgraciadamente nada nos queda) gentes tan ilustres como Carlos de Sigüenza, por ejemplo, o Sor Juana. Los dos indudablemente tienen la nota mexicana, cosa inexistente antes. El famoso soneto que le dedica Sor Juana a Sigüenza, "el dulce canoro cisne mexicano" etcétera, es parte de esta nueva idea; pero no pasa en aquel momento de un grupo muy pequeño de gente notable.

ETNOCENTRISMO FRANCÉS Y MEXICANIDAD

En cambio, cuando llega la segunda mitad del XVIII, a partir de 1750-1760 más o menos las cosas cambian otra vez. Para entonces ya ha llegado a México, con más fuerza el grupo de la filosofía llamado de la *Enciclopedia*, de la *Ilustración*; ya se empieza a romper la vieja tradición española, cristiana y medieval, con una serie de nuevas ideas y con los principios de la ciencia que se crea en ese momento. La teología, por supuesto está muy pasada de moda y los pensadores se pronuncian en contra muchas veces de algunas agrupaciones de origen español. Hay escisión, naturalmente, y los dominicos se revelan contra esta posición.

Por otro lado la *Ilustración*, sobre todo la francesa, por causas muy complicadas en las que no vamos a meternos ahora, casi se declara como la gran enemiga de América y de sus pueblos, los pueblos aborígenes. Me refiero a las ideas de Buffon o de Rousseau y de otros que aparecen con muchos matices. Robertson en Escocia piensa lo mismo: que América es un continente joven que todavía ni siquiera acaba de secarse de su emergencia del océano; que por lo tanto en él las cosas son inferiores, los hombres son tontos, los animales no crecen, las mujeres están desinteresadas

tanto en el amor como en los niños, etcétera. Esto causa una rebelión muy clara en algunos individuos en México. Solamente mencionaré al más ilustre de todos a Clavijero. Creo que éste es el motivo por el que se alza enfurruñado contra estas ideas y decide mostrar a Europa las antiguas glorias de América, precisamente antes de que los europeos las hayan tocado, para que no se pueda decir que es el resultado de un contacto. De aquí sale en gran parte, su *Antigua Historia de México*. Él mismo lo dice en su prólogo y en varios otros lados.

Clavijero, tampoco hace arqueología, por supuesto; sin embargo, se interesa profundamente en los monumentos, a tal grado que tiene párrafos magníficos en los que pide a la Universidad que recoja y cuide como monumentos insustituibles aquellos que aún se encuentran en diferentes partes de la ciudad. La Universidad no le hace ningún caso, pero eso ya no es culpa de Clavijero.

En este ambiente, por cierto patrocinado en gran parte por Carlos II, el rey ilustrado, se encuentran, al nivelar la Plaza Mayor, hoy el Zócalo, las tres famosas esculturas mexicanas y muchas otras más por supuesto: el llamado calendario o sea la Piedra del Sol, la Coatlicue y la piedra de Tizoc.

Por primera vez en la historia de México, en vez de decir: "son las piedras del diablo, son objetos idolátricos, hay que destruirlos", el propio virrey, conde de Revillagigedo, ordena que se conserven como grandes monumentos de la antigüedad americana, como dice en su estudio dieciochesco. Esta idea del virrey, muy pedida por otras personas, es el motivo porque se salvaron esas piezas, que tienen una historia bastante curiosa. La Piedra del Sol se empotra en una torre de la Catedral y allí queda hasta 1860 o 70 más o menos; la Piedra de Tizoc se medio recubre de nuevo y luego se vuelve a sacar. La Coatlicue es todavía más curiosa, porque el virrey ordena que se mande a la Universidad a que la cuiden los profesores; era todavía la Real y Pontificia Universidad. Cuando llega la estatua los profesores, que poco antes habían recibido un donativo de Carlos III de copias de estatuas griegas y romanas, se horrorizan positivamente ante ese monstruo que es la Coatlicue y deciden que no es posible enseñar esa cosa tan espantosa, junto a Venus o a Júpiter. Pero como tampoco le pueden decir que

no al virrey; simplemente hacen un agujero en el patio y allí la guardan. Hay que esperar hasta 1804, cuando Humboldt, que había leído el libro de León y Gama llamado *Las dos Piedras*, a través de su amigo el obispo de Linares, logra que la desentierren del patio de la Universidad; la sacan, la ve Humboldt y, en el momento en que él se da media vuelta, la vuelven a enterrar.

No es sino pasada la Independencia, hacia 1820-1824 cuando la sacan de nuevo; ya no era la Real Universidad, ya era la Universidad Pontificia. Nos sorprende, al leer los numerosos relatos de viajes de gentes que vinieron a México, entre los años 1830 y 50 más o menos y que visitan el entonces pequeño museo de la Universidad, que ninguno jamás mencione la estatua, tan grande y tan vistosa. Uno podía decir que era horrible o muy bella esa ya es otra cuestión, pero no era posible dejar de verla; pues bien, ninguno la menciona. El motivo era muy sencillo: aunque ya no enterrada, sino teóricamente expuesta, la estatua estaba rodeada de una serie de muebles viejos inútiles, que sólo le servían de barricada. Allí estaba la estatua, pero no se podía ver y por lo tanto no perjudicaba el ideal estético de la Universidad de entonces.

Sobre estas piedras, Antonio de León y Gama escribe un libro realmente célebre porque, como se ha dicho y creo que con cierta razón, es el primer libro de arqueología mexicana. En él investiga el significado de esos monumentos, incluyendo algunos otros en la segunda parte, y llega a una serie de conclusiones históricas sobre el significado de ellos.

Las conclusiones son prácticamente todas erróneas; pero esto no es una crítica. En su tiempo no tenía otra manera de hacerlo. Alzate, otro famoso enciclopedista, le hace críticas muy duras. León y Gama responde diciendo: puedo haberme equivocado; pero he pasado más de treinta años estudiando estas cosas, he aprendido el náhuatl para poder descifrar los monumentos, he recogido y estudiado todos los documentos pictográficos que existen, los famosos códices. Así es que he llegado a estas conclusiones a base de un conocimiento lo más completo posible. Era cierto todo esto. Creo que tenía razón León y Gama, por mucho que se haya equivocado, porque en su tiempo no era posible llegar a conclusiones más precisas o más exactas. Sus estudios sobre el

Calendario, por ejemplo, son bastante fantasiosos como lo han sido los de sus predecesores, y sobre todo, parten de una base errónea: el eterno etnocentrismo europeo del mundo occidental. Los calendarios tienen que ser como el suyo; entonces hay que ajustarlo. Si el calendario de Europa tiene doce meses, todos los calendarios deben tener doce meses. Claro, distorsionan totalmente la estructura del Calendario mexicana.

Este encuentro y la publicación de León y Gama, en primer lugar, producen una serie de otras publicaciones. Es decir, despiertan un interés bastante grande. No me voy a referir a expediciones en general, porque ese sería otro tema, sino al interés por las antigüedades de México. Seguramente de aquí surge en gran parte el interés de Carlos IV, al enviar la expedición de Dupaix.

Ya de Palenque había surgido el interés por las expediciones. Viene la Independencia y en 1825, se decide que va a haber un museo, cuyo principal autor es Lucas Alamán, famoso historiador. Museo muy pobre, casi no hay nada. Sin embargo, se dan algunos hechos curiosos, se empiezan a reunir objetos, no como resultado de exploraciones, sino por donativos particulares. Esto implica forzosamente que ya había una serie de gentes en la ciudad de México interesadas en esas cosas si no no las hubieran coleccionado. Así vemos cosas muy curiosas. Por ejemplo, Carlos María de Bustamante obsequia una pequeña colección de objetos que había reunido; el conde Peñasco, dona otra colección bastante grande e importante y todos los objetos deben estar en el Museo. Otra persona bastante inesperada, la abadesa de las monjas de la Concepción, regala nada menos que la espléndida estatua de la Luna con su cabezota monumental, etcétera. Todo esto nos indica que ya había gente interesada en coleccionar estas cosas, si no no tenía ningún objeto hacerlo, y por supuesto, sin ninguna idea de tipo comercial.

EL SIGLO XIX Y EL XX

No voy a relatar los estudios, excavaciones, insisto, no las hubo sobre México en general o sobre la ciudad en particular a través del siglo XIX. Estos estudios son bastante nu-

merosos, forman un cuerpo de datos importantes, aunque todavía son de arqueólogos de gabinete. No exploran, casi nunca ven las cosas, todo lo hacen sobre lo que han leído en otros libros o los pocos viajes que han logrado realizar. Un ejemplo simplemente, la *Historia Antigua de México*, de Orozco y Berra, seguramente en su campo el libro más importante después de Clavijero. No es un arqueólogo pero expresa sus ideas estéticas y vemos, como es natural, la inmensa diferencia sobre lo que se piensa en relación al arte en cada época. Orozco y Berra es bastante curioso. Por ejemplo no admira el arte maya que todos los demás habían admirado, en contra de lo horrible que les parecía el arte mexicana, teotihuacano o zapoteco. Ello se debe quizá a que jamás lo vio. En cambio dice:

“Dos piezas nos han cautivado la atención; por su hermosura, ciertas máscaras de limpio y correcto dibujo, pulidas y acabadas con esmero, verdaderamente artístico, horadadas en la parte superior, servían para cubrir el rostro de los dioses en algunas solemnidades o los difuntos de cierta categoría. Por lo difícil en la ejecución, los llamados carretes a causa de la total semejanza que presentan con los de madera destinada a devanar el hilo, el material vítreo y quebradizo queda reducido al grueso de cartón delgado, la regularidad hace sospechar que no fueron labrados a mano, sino en un torno.”

Por supuesto, que la conclusión de Orozco y Berra no es exacta al llamar carretes a las orejeras de obsidiana. Las máscaras, unas mexicas y otras teotihuacanas, también lo impresionaron.

Estamos ante el mismo fenómeno: son en cierto modo, dentro del centro de México, algunas de las piezas que más se acercan al arte occidental y a su prototipo, el arte griego: por eso le gustan a Orozco y Berra, mientras que le parecen horrendas todas las demás cosas.

En el siglo XX, se han publicado innumerables estudios, tanto sobre objetos aislados, como sobre ruinas. Dentro de la ciudad, tal vez sea Leopoldo Batres en 1900, el que inicia ya un trabajo arqueológico. Al estarse haciendo unas obras de saneamiento de la ciudad, pensó que sería bueno recoger y

captar todos los objetos que de allí salían. Ese material lo reúne en un pequeño volumen que publica en 1902. El libro es curioso, porque vemos la idea que sobre arqueología se hacían no sólo Batres, sino gentes de su época. La arqueología era reunir objetos, conservar objetos; no importaba mucho lo demás, ni había la menor idea de estratigrafía o de diferentes asociaciones.

En el libro de Batres, curiosamente lo que importa es la fecha en que se encontró el objeto, digamos como un ejemplo cualquiera: descubrimiento del día 17 de octubre, un ídolo de piedra que representa al indio triste, una cabeza de ídolo de piedra de tezontle, representando a Tlaloc; cinco idolillos de copal, sentados, etcétera. Luego dirá: Otro idolillo de copal, muy bien modelado, siete cabecitas de piedra, algunas son de piedras finas, cuatro idolillos, etcétera. Luego pasamos: descubrimiento del 18 de octubre, descubrimientos del 20, del 23, etcétera, hasta que termina. No son excavaciones, porque no fueron excavaciones arqueológicas, sino las obras del drenaje. Creo que es el drenaje que todavía se ve, y que ha aparecido de nuevo, con las recientes excavaciones del Templo Mayor que, por cierto, destruyeron desgraciadamente gran parte de un edificio; pero todavía está el canal allí bastante bien hecho. Sin embargo, por muy ingenuo que nos parezca, en la arqueología de Batres ya podemos ver una idea: todo esto que está saliendo tiene valor, hay que reunirlo, hay que clasificarlo y hay que describirlo aunque sea muy brevemente.

Pocos años después, en 1910, se inicia la famosa Escuela Internacional en la que toman parte varios países, representados por antropólogos ilustres, y naturalmente México. No vamos a entrar en toda la historia de esta Escuela que no es propiamente la de la Ciudad de México ni su historia, sino que a través de ella los antropólogos de su tiempo traen la idea —se dice que tal vez a través de Engerrand— de la *estratigrafía*; la idea de que las capas de la tierra indican no sólo la secuencia en la que los objetos fueron depositados o cayeron en ese lugar, sino la relativa antigüedad de cada uno de ellos o de cada capa. Esta idea fundamental, parece absurdo aun mencionarla por lo obvia que es, hace que ya cuando Gamio inicia en 1913 otras excavaciones en la esquina del Seminario y Guatemala que son las que apa-

recen a la vista en esa esquina, con todo y piedras con una cabeza de serpiente por aquí y otra por allí, porque no se entendía realmente nada de lo que se había visto, ya que era un fragmento de una cosa mucho más grande, y que también éstas se hicieron porque se había tirado una casa) allí sí entran ya ciertas ideas de colocación de objetos, no solamente la relación entre uno y otro, sino su posición misma. Pero las posibilidades de excavación estratigráfica en la antigua ciudad de México, son prácticamente imposibles, por los motivos que ya mencioné del hundimiento continuo de los edificios y de la parte del suelo. Esto hace que la estrigrafía forzosamente aparezca distorsionada. Claro, con grandes esfuerzos se puede recobrar algo, pero además, el peor problema es que no hay dónde excavar. En otra parte de esta esquina del templo, encontrada en 1933 al tirar una casa, el arquitecto Emilio Cuevas logra una excavación interesante y se recogen una serie de datos cerámicos y algo de arquitectura.

Entre 1944 y 1956 Pablo Martínez del Río encontró el templo que estaba en Tlaltelolco, con motivo de las grandes obras que se hicieron en esa región para construir los edificios de diferentes apartamentos de burócratas y las torres de la Secretaría de Relaciones. Como resultado de esto surgió la Plaza de las Tres Culturas.

Allí sí, ya con el método científico se logra una gran cantidad de datos, una gran cantidad de diferentes niveles que permiten juzgar, hasta donde es posible, la antigüedad de los objetos, de las capas culturales. De modo que existe la dificultad de la Ciudad de México en esto que he mencionado. Otra dificultad es lo corto de su historia; no hay mucho tiempo para que cambien las cosas; entonces una capa u otra son prácticamente iguales, con diferencias que merecen estudiarse. No he mencionado la escalinata tan interesante que se encuentra en lo que fue la Secretaría de Justicia que ahora es la CONASUPO; una escalinata que fue conservada —es interesante— a partir de 1906. En esos años un gran arqueólogo inglés Maudslay publica un trabajo importante: la reconstrucción teórica del Templo, porque ya tiene una serie de datos válidos.

Volviendo a Gamio él estudia todos los vestigios de arquitectura que encuentra en ese pedazo que excavó del Gran

Templo, colecciona objetos como dije, hace estratigrafía hasta donde es posible. En otro trabajo él trató de colocar las esculturas en sus sitios exactos, es decir, de hacer un mapa de la ciudad y colocar en cada lugar donde se encontró tal objeto, los objetos guardados ya sea en el Museo, ya sea en otros lados. Ese trabajo que parece tan interesante, tan importante, nunca se ha concluido; de hecho nunca se ha publicado esta obra que contempla todos los datos que existen, que son muchos, para situar estas esculturas y estos objetos en un plano preciso de la ciudad, en tal calle, en tal esquina, bajo tal cosa, etcétera. Creo que es algo que se podría hacer y que se ha intentado, pero nunca se ha hecho en una forma completa.

En 1950, al explorar el atrio Este de la Catedral, en un pozo se encuentran restos de la cerámica conocida como Azteca II, que hasta donde pensábamos, no corresponde a Tenochtitlan, sino que es anterior al asentamiento de la ciudad. Creo que esto puede simplemente indicar que hubo algunos habitantes anteriores a la fecha tradicional de 1325 que vivían en la isla. Estos datos, en cierto modo se han comprobado con las exploraciones muy recientes hechas debajo de la Catedral de México, con motivo de la construcción del Metro. Como ustedes saben la Catedral comenzó a ladearse, entonces tuvo que intervenir el Estado para que no se cayera y se hicieron unas obras tremendas: muros de concreto del ancho de este cuarto para sostener esa mole gigantesca de la Catedral. Eso permitió explorar, claro en pedacitos, por aquí y por allí este subsuelo. Se encontró, por ejemplo, lo que seguramente fue el Templo de Quetzalcoatl en ruinas y de nuevo, cerámica Azteca II. Es decir, que frente a esa área hubo un asentamiento, tal vez insignificante en aquella época, que no mencionan nunca las crónicas mexicas. Cuando ya era de ellos, era una isla deshabitada, porque no había nadie, más que el águila y el nopal, y sobre la serpiente tengo mis dudas de que allí estaba; pero en fin nunca mencionan a nadie, son los primeros que llegan allí.

Todo esto nos indica varias cosas aunque sea muy brevemente. En primer lugar, qué poco explorada está la ciudad; qué poco arqueológicamente sabemos de ella. Insisto, tenemos valiosísimos e interesantísimos datos de las cróni-

cas del XVI, documentos del XVII, del XVIII, etcétera, y aún posteriores; pero de exploraciones arqueológicas, casi ninguno. De hecho podemos llegar a una conclusión, ahora sí segura: en la Ciudad de México no se ha hecho ni una sola exploración arqueológica, en ningún tiempo dictada por la idea de explorar, es decir, con fines arqueológicos. Todas sin excepción han sido, como el Templo Mayor ahora, resultado de accidentes de otras cosas, desde el área de la amplia Plaza Mayor; que se va a hacer un drenaje, que se va a construir el Metro, que se va a sostener la Catedral. Ahora el Gran Templo. Se están haciendo las excavaciones, se inician. ¿Por qué? Porque se hace un pozo para una subestación de luz. El ingeniero, al estar haciendo el pozo, llega sobre la piedra con un admirable sentido; en vez de decir "sigan adelante", dice "paren la obra y vamos a ver qué es" y allí empieza todo. Es decir, no empieza con la idea de vamos a explorar, vamos a recobrar un capítulo, o cuando menos unas frases de la historia, sino vamos a sacar aquí una subestación para la luz; en otras hacer un drenaje, en otras hacer calles, en otras tirar un edificio viejo para hacer uno nuevo, y al hacer los cimientos se encuentran cosas, etcétera. Esto es lo que hace que en ésta, la capital más antigua de América, nunca se haya hecho una exploración arqueológica normada con el objeto de averiguar esta historia nuestra. Muchas gracias.